

Y en lugar del insólito atavío
Con que todo en reedor engalanóse;
Hacia un lado, con ronco murmurío,
Sima obscura, entre vórtices, abrióse
No lejos del humilde caserío
De la Engadi vitífera; rompióse
Aun la prisión de Averno, y deslumbradas,
Aüllaron sus sombras espantadas.

Esa profunda boca, siempre abierta,
Densísimos vapores sulfurosos
Exhala siempre, en su interior cubierta
De negra pez; sus senos cavernosos
Han franqueado después una ancha puerta
Por do suben los genios belicosos
Del hondo abismo, á la mansión humana,
A sembrar riñas y discordia insana.

Mientras ufano el Universo entero
Así al Rey de los siglos saludaba,
Él, siguiendo su firme derrotero,
A Nazaret, ansioso, contemplaba;
Súbito de su ardiente reverbero,
Y de la pompa real con que bajaba
Despójase, y arroja de la mano
El rayo, y aun el cetro soberano.

Así vemos que el rey aurocrinito
Del mundo sideral, cuando jadeante
Apenas hace oír su débil grito
A su cuadriga indómita, espumante,
Y la orla del piélagos infinito
Va á tocar con el eje de diamante;
Ciñe su frente de jacintos rojos,
Y ya no hiere del mortal los ojos,

El Ingénito Amor, Aura creadora,
Vigor universal ignipotente,
Ejerce ya su acción germinadora
Del centro de una nube transparente,
Que ofuscando sus tintas á la aurora,
En la Virgen se posa de repente;
Y desde allí, vibrando sus calores
Fecundos de purísimos amores,

Y sin tocar los claustros maternos,
En el seno virgíneo se insinuaba,
Como el sol á través de los cristales,
Y con su soplo férvido excitaba
Los más perfectos gérmenes vitales,
Y la sangre más pura coagmentaba
Al forjar con magnífica estructura
De humano cuerpecito la figura:

Y en el mismo momento indivisible
¡Cuánto puedes, oh amor! ha penetrado
El Hijo augusto, inmenso, incomprensible
Aquel útero púdico inviolado,
Y formándose un todo indescriptible,
Una y otra natura se ha enlazado;
Y alma, cuerpo y un Dios omnipotente
Fundieronse de un modo sorprendente.

Sonrisa del olímpico Helicon
Que desde antes del cáos eres tan bella,
Para quien teje virginal corona
Toda flor, toda escarcha y toda estrella:
Los atrevidos ímpetus perdona
De esta mi indócil cítara, pues ella,
Fascinada por astro temerario,
Quiso el velo romper de ese santuario.

Por cierto osada fué, mas no culpable;
¡Virgen, ya madre! dime ¿quién podría
Por más frígido, duro é inquebrantable
Mirar, sin que ese hielo se deslía,
Al Infinito mismo, al Inmutable
De tu almo seno en la prisión sombría
Que lo estrecha y coarta y lo comprime,
Y donde Él como víctima ya gime?

Explícame, oh gran Madre, esos arcanos,
Rómpase ante mi vista esa pantalla
Aunque el plectro se rueda de mis manos;
Díme cómo un Dios párvulo ahí ensaya
Una súplica ya por los humanos;
Y cómo cual firmísima muralla,
Embota ya los rayos vengadores,
Las iras del Eterno y sus furores.

Cómo empieza á labrarse desde ahora,
Al calor de tus castos penetrales,
Esa tierna boquita que enamora,
Y más tarde los reinos eternos
Me abrirá con su voz conquistadora;
Esos bellos ojuelos siderales
Que serán de su amor los mensajeros,
Y sus agudos dardos más certeros.

Cómo sus níveos pequeñuelos brazos
Empiezan desde entonces á tornearse,
Los que á mi cuello como fuertes lazos
Habrán entre caricias de enlazarse;
Cuál se forma esa sangre, cuyos vasos
Sobre mi frente deberán vaciarse:
Todo esto me arrebató, me enajenó;
A tí confío tan desigual faena.

Ya el Arcángel divino sacudía
Sus nubívagas alas nuevamente
Mientras en calma Nazaret dormía
En su lecho boscoso blandamente,
Ni de sus palmas el arrullo oía;
Y su vuelo sesgando al occidente,
Esa feliz colina abandonaba,
Y el último saludo le mandaba.

Siguió avanzando lento, silencioso
Hacia la agresta cumbre del Carmelo,
Que envuelto en un sudario misterioso,
Su frente proyectaba sobre el cielo;
Ya cerca de su vértice fragoso
Empezó el Angel á sesgar su vuelo,
Como la garza por la flecha herida
Su ruta oblicua, hasta caer sin vida.

Iba ya penetrando en las sinuosas
Fauces de enorme sima circundada
De zarzales é higueras monstruosas
Que con áspera planta descarnada
Hendían doquier las peñas escabrosas;
Y cual sierpe anulosa, triturada,
En fuerte convulsión se retorcían,
Y el borde de ese abismo guarnecíán.

Por inciertos ambages, por obscuro
Laberinto intrincado, impenetrable
A un ser corpóreo, rápido y seguro
Él bajaba, rompiendo infatigable,
De las tinieblas el espeso muro
Al brillo de su antorcha inseparable,
En medio del estruendo de algún río
Que va bramando por su cauce umbrío.

Astro ignoto de pálidos albores
Ya alumbraba esos senos escondidos
Dando mayor realce á sus horrores;
Cuando hirió de improviso sus oídos
Un extraño conjunto de rumores
Que en el espacio parecían perdidos;
Y el semblante del Angel inmutarse
Vieras, y en él la compasión pintarse.

Hondos suspiros, ayes apagados,
Roncas voces, plegarias y lamentos
Y un llorar y gemir entrecortados
Iban repercutiendo por los vientos,
Del luto de las tumbas impregnados:
El Angel arredróse unos momentos:
Un paso dió, la noche atrás dejaba,
Y en lúgubres regiones se encontraba.

Era un inmenso valle, defendido
Por altísimos montes; un dudoso
Resplandor con las sombras confundido,
Semejante á un crepúsculo dudoso,
Transparentaba el aire ennegrecido:
La marca de un dolor, siempre imperioso,
En ese reino incógnito palpita,
Y en vivos caracteres está escrita.

Allí lamentos sin cesar murmura
El tímido arroyuelo que angulea
Por márgenes cubiertas de verdura,
Allí el zéfiro gime y balbucea
Endechas y sollozos de amargura
Que buscan la infalible panacea;
Allí las mismas rozagantes flores,
Aunque lucen sus galas y colores;

Son también el unísono gemido
De aquellas playas de escualor cubiertas:
Allí entre el breso solitario, hundido,
Triste el geranio crece con las yertas
Helenias y el adonis confundido,
Y flébiles caléndulas, abiertas
Al pié de la amarilla clavellina,
Se enlazan al jacinto y la eglantina.

Verdinegros cipreses por doquiera
Alzan su agudo vértice, mezclados
Con los sauces que, en forma lastimera,
A un profundo dolor abandonados,
Dan al suelo su luenga cabellera,
Y en las aguas se miran retratados;
Y allá entre los olivos cenicientos
Descuellan mil arbustos macilentos.

Aves también de vívidos colores
Y con varios matices recamadas,
Cruzan entre los árboles y flores,
O duermen en las verdes enramadas:
Pájaros sin igual, mas no cantores;
No saben saludar las alboradas,
Nunca el arpa descuelgan, nunca un trino,
Ese eterno silencio reconvino.

Pero si este dolor inexplicable
Esos reinos envuelve en sus crespones;
También la hija del empíreo, amable
Con sus alas cobija esas regiones;
La Esperanza, la amiga inseparable
Del que riega con llanto sus prisiones,
Pasa tendiendo vaporoso velo,
Y endulza de las horas el gran duelo.

Ella también se cierne en la pradera
Entre bosques de mirto y de laureles
Que conservan su intonsa cabellera;
Ella cultiva plácidos vergeles
Regados por sonrisa placentera,
Donde ostenta la hiedra sus joyeles,
Y asida á la modesta pasionaria
Trepa la madreselva y parietaria.

Ella por ese páramo sombrío,
Ceñida de cantueso y amaranto,
Sacude de sus alas el rocío,
Y brotan á la sombra del acanto
Mil flores que no pierden su atavío,
Ni mojan sus estambres con el llanto:
Y así en conflicto eterno la Esperanza
De su adversario enerva la pujanza.

Musa de las tristezas que extendías
Los pliegues de tu manto funerario
Al flébil y terrible Jeremías,
Cuando al pie de alto muro solitario,
Sobre escombros y ruinas lo veías
Ya preparando fúnebre sudario
A Sion, que yace moribunda é inerte,
Y cantándole el himno de la muerte.

Cúbreme á mí también con ese manto,
Préstame tu tristísima cadencia
Que todo impregne mi sagrado canto;
Descúbreme entre un rayo de tu ciencia,
Qué reino es este en que alardea tanto
De su henchido carcax esa dolencia,
Qué pueblo ahí se abriga, y qué motivo
Es de tanto sufrir el gérmen vivo.

¡Oigo tu voz! Innúmeras naciones,
Pueblos enteros de inocente vida
Son los que entonan lúgubres canciones:
No ha cebado su atroz garra homicida
En toda la extensión de estas regiones
La segunda cruel muerte indefnida,
Ni ejerce su despótico dominio
La destrucción, la ruina, el exterminio.

Pero en ese país no ha despertado
Aún la bella, la risueña aurora
De la segunda vida, no ha asomado
La fatídica estrella salvadora;
El Verbo eterno, el Verbo enamorado
De esa estirpe que aún su culpa llora,
Foco de toda luz, de toda vida
Por quien la nada se rindió vencida;

El gran Sol de justicia, todavía
No penetra á este reino tenebroso
Sus lutos á trocar en alegría,
Y sus ayes en grito victorioso.
Mas la dulce esperanza que algún día
Dueños serán del sempiterno gozo,
(Nunca olvidan de Dios la gran promesa)
Mitiga de su suerte la crudeza.

Sus cãnos habitantes ven hundirse
Siglo tras siglo al golpe inevitable
Del tardígrado tiempo, ni extinguirse
Puede en su mente ese fulgor amable:
Pero nunca, á la vez, deja de oirse
Esa que entonan elegía invariable,
Ese eterno concierto de gemidos
Que parecen de un féretro nacidos.

A la orilla de límpido arroyuelo,
Del laurel á la sombra ó de la encina,
Graves ancianos por antiguo pelo,
Muestran que algo sublime los domina
En su honda pena, en su ferviente anhelo,
Que algo su mente con afán combina:
Ya graban de alto-cedro la corteza,
Ya en la arena y húmida dehesa

Trazan extraños signos con que ansiosos
Parecen sus ensueños combinando
Con los rebeldes siglos perezosos,
Y los días y los años van contando;
Mientras otros, volúmenes tiñosos
Con avidez infatigable hojeando,
De su dicha escudriñan los destinos
En los mismos oráculos divinos.

En tales actitudes se encontraban
Aquestos cejijuntos habitantes
Mientras halagüeños cálculos forjaban;
Cuando, en medio de fúlgidos cambiantes
Que con las sombras á reñir se traban,
Penetra en esos reinos sollozantes,
El Angel del amor, de Dios legado,
Por el iris silvestre coronado.

Esa atmósfera triste reanimóse
Al brillo de aquel astro; y al momento
Toda aquella gran turba levantóse,
En pié se puso, comprimió el aliento,
Y un cúmulo de afectos paso abrióse,
Pintándose en su rostro macilento,
Mientras el Angel con un tono suave
Así arengaba á aquel senado grave:

“¡Dolientes ciudadanos, escogidos
Para poblar más tarde las estrellas!
Templad ya vuestros llantos y gemidos,
Lejos de aquí las flébiles querellas;
Ya han sido vuestros ayes comprendidos,
Irgue oh pueblo tu frente, nuevas bellas
Os traigo de la altura; Jehová mismo
Ha escuchado los ecos de este abismo.

“Va á romperse tu largo cautiverio,
Van á rodar al suelo tus prisiones,
Ya empieza del Amor el dulce imperio,
Vengo á traerte los más gratos dones
Que encierra del Amor el gran misterio;
El triunfa en las olímpicas regiones,
Todo lo abrasa con su llama viva,
Y al Dios de los ejércitos cautiva.

“¡Ha triunfado del mismo Omnipotente!
El rayo y las saetas le ha robado,
Y hasta su eterno cetro refulgente;
¡Creedmelo! ya lo tiene subyugado,
Y en cárcel estrechísima, doliente
Lo ha con sus mismas manos encerrado;
¡Pasmaos! menos que un niño, que un infante
Lo oprime el claustro de una madre amante.

“Ya se ha cumplido el grande vaticinio,
Al que siempre converge vuestro anhelo;
En el más puro virginal triclinio
La tierra se confunde con el cielo,
Y se estrella el humano raciocinio;
Allí cubierto del terrestre velo,
Es vuestro semejante, vuestro hermano
El Creador infinito, el Soberano.

“Yo mismo ¡vedme aquí! tan gran mensaje
Acabo de traer á una doncella
A quien férvido culto y homenaje
Han de rendir los siglos, pues en ella,
Con el humano mísero linaje
Jehová se desposó: la hermosa estrella,
La estrella salvadora ha despertado,
Las sombras del dolor ha desgarrado.

“Algo más de seis lustros todavía
El roce escucharéis de las cadenas
En esta vuestra atmósfera sombría;
Mas del cielo en las cúspides serenas,
Pronto su luz os brindará el gran día
De blancas horas al dolor ajenas:
Pero oíd antes de Jehová el mandato,
Para vosotros cuán amable y grato.

“Él en su Verbo augusto, ya vestido
Del barro de los míseros mortales,
Tiene su amor; lo mira complacido
Entre inmensas delicias paternas:
Y cuando se haya el término cumplido,
En que El deje los senos virginales;
Quiere que su gran nombre resplandezca,
Y grandioso á los hombres aparezca.

“Las celestes alígeras legiones
Bajarán del olimpo esplendoroso,
Al Dios niño á rendir sus ovaciones;
Y á ofrecerle vendrán con alborozo
Tres sabios del Oriente ricos dones.
A tí igualmente, oh pueblo venturoso,
(Quienes sean de este rey los ascendientes,
O lo hayan anunciado entre las gentes),

“Toca un alto homenaje tributarle,
Y proclamar su gloria y su grandeza,
Y en su pompa solemne acompañarle,
Cuando una Virgen de sin par belleza
En sus brazos le lleve á presentarle
De Sion al templo; allí, como una espesa
Falange, acecharéis el gran momento
De dar á vuestros votos cumplimiento.

“Guardad esta señal: esas pintadas
Avecillas de espléndido plumaje
Que cruzan estas selvas enlutadas,
O duermen al abrigo del ramaje,
A un mutismo inviolable consagradas;
A ese eterno silencio harán ultraje,
Y de repente sus gorjeos y trinos
Combinarán acordes peregrinos.

“Y vosotros entonces sin tardanza
Dejaréis estas sombras letargosas,
Donde el dolor ejerce su pujanza,
Y á través de esas grutas tenebrosas
Do nunca el dardo luminoso alcanza,
Subiréis á las playas espaciosas
Envueltas en la atmósfera serena
Que un sol de vida palpitante llena.

Esperad del gran templo en los umbrales,
O bajo el techo de olivar frondoso
A esa Virgen de rasgos celestiales
Que ha de llevar un parvulillo hermoso
A cumplir con las prácticas lustrales:
Esta dicha, este honor, aqueste gozo
Os prepara Jehová como un consuelo
Antes de que voléis al alto cielo.”

Atónita, perpleja, sin sentido
Aquella secular noble asamblea
Se queda como el hombre que no ha oído:
Uno al otro en silencio semblantea,
Y á la boca el acento comprimido
Asoma y se devuelve y forcejea,
Mientras el Angel en la niebla fría
Cual ensueño de virgen se perdía.

Pero un sordo murmullo trepidante
Empieza ya á cundir; sigue creciendo,
Hasta que al fin, un grito resonante,
Unísono, viril, formó un estruendo
Al terrible mugido semejante
Del viento montaraz, cuando rompiendo
La estrecha cárcel de profunda roca,
Estalla y entre silbos se desboca.

Truécase en fiebre el prístino sosiego,
Énteo vigor á cada quien inspira,
Arde en sus venas el sagrado fuego,
Arrebatan los Vates su áurea lira,
De los siglos dormida en el sosiego,
Y acordes de una mente que delira,
A sus cuerdas vibrantes arrancaron,
Y entusiastas cantares entonaron.

Entonces Jeremías por vez primera
La mano removi6 de su ancha frente,
Siempre encrespada, r6gida y austera,
E hizo reír á su laúd doliente;
Y Moisés, cuyo rostro reverbera
Con luz m6s viva, un c6ntico ferviente,
Grandioso modul6 cual otro d6a
Entre el rugido de la mar bravía.

Tambi6n el de Sion Vate sublime,
Y el querrelloso Job, y el delicado
Isaías cuya lira ruega y gime,
Hubieron sus tesoros agotado
En raudales de ese estro en que se exprime
Lo inmenso, lo infinito: transformado
Parecía en un ed6n, siempre risueño
Aquel pa6s de encapotado ceño.

Solo los Padres del linaje humano,
Por cuya culpa el Universo hundi6se,
No oyeron esa voz con rostro ufano,
Ni el j6bilo á sus labios asom6se,
Ni juntar se les vi6 mano con mano:
Un impetuoso llanto desbord6se
S6bito de sus párpados rugosos
Al impulso de afectos tempestuosos.

Aquel llanto rompía como un torrente
Sin cauce, sin orillas, é inundaba
Su pálido semblante transparente
En que el dolor con la alegría luchaba,
Cual fuerte atleta; y esa lid ardiente
Tanto la fuerza de ambos menoscaba,
Tanto el dolor sus músculos enerva,
Que rendidos desplómanse en la hierba.

De su culpa jamás tanto sintieron
El peso enorme como en ese día
En que las armas del amor midieron
Con que un Dios en tal modo perseguía
A los que el yugo de su amor rompieron:
Pero al fin en su pecho la alegría,
Pudo de su contrario desligarse,
Y de fibras y arterias adueñarse.

El antiguo Silencio y la Tristeza
Reclamar ya no pueden su derecho:
Ambos, atrás volviendo la cabeza,
Fruncido el entrecejo, y con despecho
Mirando resbalárseles su presa;
Asidos de la mano en nudo estrecho,
Por la suave pendiente de un ribazo
Ya se van deslizano paso á paso.

